

1967

Ahora, en «Como las cañas secas del camino»

Asuncion Sancho

PARA empezar, un chasco. Yo pregunto:
—¿Por qué ha vuelto a televisión?

Ella responde:

—¡Pero si no he vuelto! ¿Cómo voy a volver si no me he ido? Lo que sucede es que actúo tan de tarde en tarde que, siempre que lo hago, da la impresión de que vuelvo.

Eso es. Asunción Sancho no ha vuelto. Eso sí: hacía medio año que no veíamos su rostro sereno y no oíamos su voz dulce, increíblemente matizada.

Asunción Sancho es la conversadora ideal. Habla sin doblez. Su sinceridad es hartamente conocida. Pero una sinceridad limpia de acritud, de ironía, de agresividad. Una sinceridad, como la propia Asunción, dulce y serena.

—Hace dos inviernos hice tres «Teatros de siempre». Fueron «Los milagros del desprecio», «Volpone» y «El rey Lear». Hasta entonces, no había hecho televisión. Cuando hice la obra de Shakespeare, ya empezaba a estar en estado; aún así, hice con José Tamayo «Seis personajes en busca de autor». Con esta obra recorrimos media España. En octubre de 1967 nació Javier; mi segundo hijo. Dediqué el invierno a criarle personalmente. En la primavera siguiente hice, en televisión, «El caballero de las espuelas de oro». Y hasta ahora, en que he reaparecido con «Como las cañas secas del camino», en «Estudio 1».

Asunción habla mucho, pero a cámara lenta, sin precipitarse. Sus palabras surgen con naturalidad, con «tempo» y ritmo. Palabras, ges-



Estudio 1: «Como las cañas secas del camino».

tos y figura forman un todo armónico y sumamente agradable en Asunción Sancho.

Asunción, hogareña

—A veces me preocupo... Sí, porque algunos suponen que soy orgullosa y pedante; que hago poca televisión porque no quiero codearme con artistas a los que considero inferiores a mí. ¡Sí, sí, sé que se ha dicho eso de mí!

—Yo nunca lo he oído —digo, sin faltar a la verdad.

—Pues es cierto. A ello contribuye mi carácter, mi forma de ser. Salgo poco a la calle. No asisto a cócteles, tertulias, recepciones... Vivo alejada de lo que hemos dado en llamar vida de sociedad. Yo sé que una artista debe relacionarse, salir, alternar... Pero soy como soy.

Y ríe. Una risa que viene a decir: «¡Bueno, da igual!» Y añade:

—Mi vida es muy tranquila, muy hogareña. Siempre lo fue. Si quisiera cambiar ahora, iba a costarme mucho trabajo. En mi casa no hay antecedentes teatrales. Cuando yo dije que quería ser actriz no pusieron muy buena cara. Pero permitieron que siguiera adelante. Además, mis padres se tranquilizaron cuando comprobaron que la vida del artista también puede ser una vida sosegada, al margen del escándalo. Cuando terminaba cada función, iban a recogerme, como si saliera del colegio. Luego, me casé, vino el primer hijo...

Es una deliciosa confesión. Asunción se ha retratado perfecta y fielmente. No lo haría mejor la cámara fotográfica. Así es ella, como se desprende de sus sencillas y sinceras palabras.

—¿Conviene a una artista ese género de vida?

—Reconozco que no. ¿Sabe usted por qué hice tres «Teatros de siempre», hace dos inviernos? Porque una noche, en un club, me encontré con el director Jaime Azpilicueta... Pero no me quejo de mi trabajo. Llevo veinte años de actividad continua, aunque habría hecho algunas cosas más si no estuviera tan alejada de la vida de sociedad.

Ella es así

A pesar de esos «inconvenientes», Asunción Sancho ha alcanzado ci-

mas envidiables: es una de las actrices eminentes del teatro español contemporáneo. Su nombre está ligado a las más importantes temporadas escénicas de nuestros Teatros Nacionales.

—Me gusta ser famosa, claro, pero viendo la fama desde lejos. Quisiera pasar inadvertida en todas partes.

—¿Tímida?

—¡Muchísimo! ¡Como no tiene ni idea!

—¿Valiente?

—¡Cobarde! Aunque en los momentos cruciales me comporto con serenidad y, a veces, con excesiva valentía. Es propio de cobardes actuar valientemente.

—¿Cuándo nació en usted la timidez?

—De jovencita. Recuerdo que era cobarde para el coqueteo. Me ha gustado un chico y me he puesto fea para no llamar su atención, para no demostrar mi interés hacia él. Casi siempre me ponía rictos horribles.

—Pero eligió usted una profesión no apta para tímidos.

—Así es. Me empujó una vocación irrefrenable, nacida gracias a las retransmisiones teatrales que, en los años cuarenta, acostumbraban a realizar las emisoras radiofónicas. Los tres cursos del Conservatorio los hice en dos años y, para colmo, me llevé todos los premios que concedía el centro. Mi caso fue el último, pues no parecía aconsejable que una misma alumna acaparara todas las distinciones.

Un paréntesis. Constancia, la misma que iba a recoger a Asunción, nos sirve café. Constancia vino a nacer a Asunción.

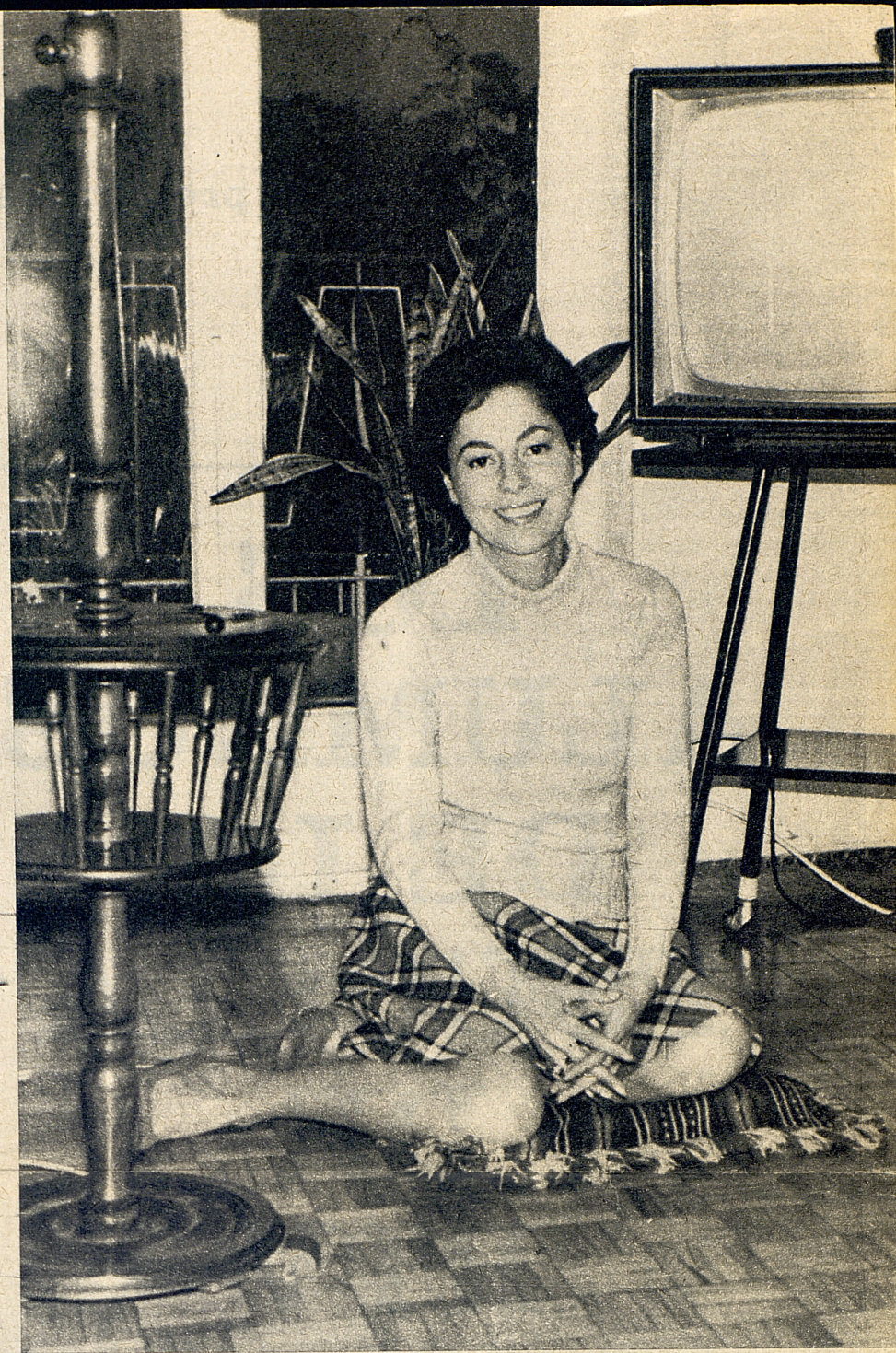
—Gracias.

Los primeros años

—Hice mi meritoriaje en el teatro Español. Porque, si en el Conservatorio aprendes buena dicción y cultura teatral, es en un escenario donde adquieres la soltura necesaria.

—¿De que actriz aprendió más en aquellos años?

—De Mercedes Prendes. Luego, de Aurora Bautista. Jamás estaba en mi camarín. Me pasaba horas y horas entre bastidores viendo y oyendo a los actores. Llegué a aprenderme de memoria todos los papeles. Por eso, cuando Mercedes o Aurora enfermaban, yo las sustituía. A ve-



ces, Cayetano Luca de Tena, que era el director del Español, me comunicaba la noticia tan solo con media hora de anticipación.

Otro, parentesis, otra digresión. Sigue hablando.

—En veinte años he desarrollado una actividad de la que me siento satisfecha. He podido hacer más cosas, lo reconozco, pero mi retraimiento ha contribuido a que no las hiciera. Sin embargo, he tenido la gran suerte de hacer siempre cosas importantes.

—¿Cómo se siente ante las cámaras de televisión?

—Me falta adquirir costumbre. Me gusta mucho, aunque no tanto como el teatro. La televisión me gusta, por ejemplo, porque hace posible que el espectador capte expresiones que, desde el patio de butacas, se pierden. Es curioso: ante las cámaras, tengo siempre los nervios de una noche de estreno. Y no es por mí, sino por mis compañeros. Temo que una equivocación mía obligue a todos a repetir una escena.

Su mejor momento

Asunción Sancho se encuentra en ese momento importante de la vida en que una mujer adquiere plenitud, serenidad, seguridad en sí misma. Asunción mira su pasado —prieto de éxitos— con modestia y sencillez. Con idéntica modestia y sencillez con que mira su mañana, que se adivina también triunfal.

—¿Qué le falta por conseguir?

—¡Todo! Bueno, casi todo.

Mujer, esposa y madre feliz. Hace diez años, nació Alberto. Javier, una gratísima e inesperada sorpresa, hace uno. Las gratas veladas hogareñas ante el televisor. Los veraneos en Cercedilla. Sencillez, sencillez.

—No; creo que no podría cambiar... ¡Ni quiero!

A nuestros pies, la estación del Norte. Trenes aparcados. Locomotoras que maniobran. Semáforos que guían. Un juego fascinante a escala natural. A Asunción Sancho le encanta.

Juan ALCAZAR

(Fotos Bariego.)